

¿Una historia de emigrantes o de amor?

María del Pilar Sedano Ledesma

*A mis padres, ejemplo de vida honrada
y dedicada al trabajo.*

Quiero, como hija de emigrantes, compartir con ustedes la historia de mis padres, castellanos de pura cepa, asturianos de corazón, con el alma siempre puesta en España y el agradecimiento eterno a un gran país que ayudó a hacer realidad sus sueños de superación y trabajo.

Dámaso Sedano Esteban nació en el año de 1937 en Villanueva de Argañón, Burgos. Siendo el segundo hijo de una numerosa familia de ocho hermanos. Desde muy pequeño supo lo que era trabajar mucho y comer poco, pues fueron tiempos difíciles los que dejó tras su paso la Guerra Civil española. No puedo dejar de acordarme de las historias que me contaba mi padre cuando era niña... No podía creer que mi padre cuidara yeguas a los doce años y que en invierno, con aquellos fríos de Castilla, tuviera que ir a la escuela de don Ismael con un par de alpargatas viejas, con la barriga vacía y sin saber la lección.

Josefa Ledesma nació en Pozoantiguo, Zamora, en 1942, ya había pasado lo peor de la Guerra Civil y España se recuperaba, por lo que en su niñez vivió tiempos mejores. “La Cusca” le decían sus hermanos mayores que se empeñaban en darle las mejores raciones de la mesa y se llevaba los mimos y cariños de todos en casa.

Dámaso y Josefa emigraron a finales de los cincuenta, junto a sus familias, a Avilés, Asturias, buscando mejores oportunidades que las que tenían en sus pueblos de origen. Mi abuelo paterno trabajó como maestro en Cristalería Española y mi abuelo materno en ENSIDESA¹ (actualmente ACERALIA), fueron

¹ Empresa Nacional Siderúrgica Sociedad Anónima fundada en los años 1950 en Avilés. (N.E.).

tiempos de auge industrial en donde el trabajo abundaba y había que aprovechar la oportunidad. Todos los chicos de la época encontraban trabajo seguro en la empresa más pujante de la región que era ENSIDESA. A mi padre, sin embargo, no le llamó la atención y quiso ser pastelero. Desde joven se inició en una pastelería de Avilés llamada Polledo, en la calle La Fruta. Allí aprendió el oficio que lo llevaría lejos, hacia un país que ni siquiera había oído nombrar.

Mis padres se conocieron un domingo, día de romerías, bailes y cine por la noche. Mi padre cuenta que en los bailes había cincuenta mujeres para doscientos hombres, pues con la llegada de las grandes empresas metalúrgicas, también habían llegado hombres jóvenes de todas las provincias de España en busca de trabajo y hasta la fea o la coja del pueblo se daban su importancia si de salir a bailar se trataba y por supuesto, escaseaban las solteras. Mi madre era la más guapa. La vio y la sacó a bailar en un guateque, la invitó al cine... y le dijo su nombre: "Antonio". Todavía hoy en día en nuestra familia es motivo de risa, pues mi padre no se animó a decirle a aquella chica del baile y que luego hizo su novia, que tenía por nombre Dámaso. Meses después, mi madre se enteró cuando una amiga común le preguntó si seguía saliendo con un tal Dámaso y mi madre le dijo que no conocía a nadie con ese nombre y que ella salía con Antonio.

Al poco tiempo de hacerse novios, mi padre recibió una oferta tentadora para un joven de veintipocos años, la gran oportunidad de irse a trabajar a América. Pensó que en un año haría dinero suficiente para regresar a España, iniciar su negocio y casarse. Llegó a Guatemala en el año de 1964 contratado como pastelero, estuvo un año trabajando duro, extrañando a su familia, a su novia... En Guatemala encontró personas que, hasta hoy en día, significan mucho en su vida, en nuestras vidas. Españoles y guatemaltecos que han sido como hermanos, lazos de cariño que después de cuarenta y tantos años siguen y seguirán.

Mi padre, se caracteriza por ser bueno, honrado y de todos es sabido "su mala leche", característica superada por su servidora. Fue así como al poco tiempo de venir a Guatemala se quedó sin trabajo, sin boleto de regreso y con una novia con la que ansiaba casarse. Empezó a hacer sus propios pasteles y a venderlos él mismo por las tiendas y recorría de la Zona 1 a la Zona 6 en una bicicleta que, hasta el día de hoy, es una reliquia que se merece todo el respeto, colgada en un lugar de honor en la bodega de nuestra casa.

Fue así como pudo ahorrar y proponerle a mi madre que se casaran...pero ¿cómo? ¿Él en Guatemala y ella en España? Pues se casaron el 7 de mayo de 1966 por poder. Mi madre entró sola a la pequeña iglesia de Sabugo en Avilés, vestida de blanco, sencilla y hermosa y en el altar, esperándola, mi tío Manolo, hermano de mi padre en su representación y toda la familia como testigo curioso. Ese día mi padre se levantó a las 3 de la mañana hizo pasteles y los

salió a vender como cualquier otro día. Con grandes esfuerzos compraron el billete de mi madre para poder viajar a Guatemala. Para entonces, iban y venían cartas..., cartas que yo encontré amarradas delicadamente con lacitos y separadas por año. Primero, eran las cartas de una tierna novia a su novio de lejos, con la tímida sonrisa de mi madre en una foto tomada en la Calle Rivero (Avilés), luego, emocionadas cartas de un esposo a su esposa, acompañadas casi siempre por fotos ya fueran del país que tenía emocionado a mi padre o de él mismo, bien vestido “de domingo” y tomada en la fuente del Parque Central con el Palacio Nacional de fondo, pero siempre iban dedicadas tiernamente.

Mi madre llegó a Guatemala el 20 de octubre de 1966, llevaba casi tres años sin ver a mi padre. La carta que envió diciendo que llegaba ese día, nunca llegó a su destino y mi padre no la fue a buscar al aeropuerto. Una buena persona guatemalteca, que viajó con ella en el avión, llevó a aquella jovencita española, recién llegada a un país extraño y recién casada, al hospedaje de españoles donde vivía mi padre en la Zona Uno.

Cuenta mi madre que toda nerviosa tocó la puerta de la residencia, una entonces muy jovencita Esmeralda Briz abrió la puerta y le dijo: “tú eres Fina” y corrió a buscar a mi padre que dormía después de un duro día de trabajo. Mi padre apareció frente a la puerta descalzo por las prisas de ver a su esposa y con el pelo alborotado. Había pensado muchas veces en el reencuentro pero nunca que sería en esas trazas. Pero allí estaba ella, después de tanto tiempo, tantos desvelos, tantos pasteles y tantas idas y venidas en bicicleta por las calles y las tiendas de la Zona Uno. Mi madre traía la gran cantidad de cincuenta dólares que le habían regalado, “toma” le dijo a mi padre “es nuestro” ese gesto sigue enterneciendo a mi padre hasta el día de hoy.

Este año cumplen 43 años de casados y 41 años de tener la pastelería que juntos siguen atendiendo con esmero en la Zona Uno. Se siguen levantando temprano día a día para hacer los pasteles con los que sacaron adelante un hogar y dos hijos.

No puedo más que sentirme muy orgullosa de saber de dónde vengo y que gracias a ellos mi vida ha sido feliz, llena de buenos ejemplos y de historias entrelazadas entre el origen de mis padres y quien soy yo como hija de emigrantes y guatemalteca. Quien me conoce bien sabe que soy una persona muy apacible... con un carácter explosivo y muy “mala leche”.



Josefa Ledesma con 24 años.



Josefa y Dámaso de novios.



Josefa muy joven vestida de sevillana.